

In Memoriam

En recuerdo de Alberto, 14 de enero de 1988 – 26 de diciembre de 2025

Mi hijo Alberto nació el 14 de enero de 1988. Durante casi treinta y ocho años llenó nuestras vidas con su presencia, con su inteligencia, con su sensibilidad y, sobre todo, con una manera de reírse que todavía permanece en nosotros. Su risa era expansiva y contagiosa. No era únicamente un gesto de alegría: era una forma de abrirse al mundo, de arrastrar a los demás hacia la vida y de hacer que, por unos instantes, todo pareciera más sencillo y luminoso.

Alberto era muy guapo, de mediana estatura, activo y lleno de proyectos. Tenía una profunda voluntad de vivir. Le gustaba compartir el tiempo con su pareja y con sus amigos, disfrutar de la compañía de las personas a las que quería y construir con ellas una vida cotidiana hecha de afectos, conversaciones y planes. No necesitaba grandes acontecimientos para sentirse unido a los demás. Su felicidad estaba también en esos momentos normales que, cuando alguien falta, comprendemos que eran extraordinarios.

Quienes lo conocían por primera vez advertían muy pronto su educación, su cultura y su nobleza. Eran cualidades que no necesitaban ser proclamadas, porque se percibían en su forma de hablar, de escuchar y de relacionarse con los demás. Alberto inspiraba respeto sin imponerse y afecto sin buscarlo. La nobleza era una parte esencial de su carácter: una forma limpia y generosa de estar en el mundo.

Se licenció en Dirección y Administración de Empresas en la Universidad de Murcia. Durante la carrera sintió una especial afinidad por las asignaturas de Estadística y Econometría, disciplinas que no suelen resultar sencillas y que, sin embargo, despertaban en él un interés verdadero. También disfrutó especialmente de una asignatura relacionada con la investigación operativa o la programación lineal, en la que estudió el algoritmo o método simplex.

Aquel interés por la estadística, la econometría y la resolución de problemas revelaba una mente analítica, ordenada y curiosa. Alberto disfrutaba comprendiendo cómo funcionaban las cosas, buscando relaciones entre los datos y encontrando soluciones allí donde otros solo veían complejidad. Había en él una capacidad natural para el razonamiento, pero esa inclinación intelectual nunca lo convirtió en una persona distante. Su inteligencia convivía con la cercanía, con la sensibilidad y con un fuerte

deseo de compartir la vida con quienes amaba.

Como todo ser humano, Alberto tenía también sus momentos de fragilidad. Cuando las cosas se torcían, podía sufrir ataques de ansiedad. Esa ansiedad no era una falta de valor. Quizá nacía precisamente de su intensidad, de sus ganas de que la vida saliera bien, de su necesidad de avanzar y de construir un futuro. Quien espera mucho de la vida puede sufrir profundamente cuando siente que los acontecimientos se alejan de sus deseos.

Entre sus proyectos más importantes estaba el de ser padre. No era una idea abstracta ni una posibilidad remota. Era un deseo real, compartido con su pareja. Como ambos tenían la misma edad y querían formar una familia, iniciaron un tratamiento de fertilidad. Alberto miraba hacia el futuro. Imaginaba una vida nueva, una familia propia y la posibilidad de cuidar, educar y querer a un hijo.

Por eso resulta especialmente doloroso recordar el momento en que, antes de recibir quimioterapia, los médicos le advirtieron que, si lograba salir adelante, existía una elevada probabilidad de que quedara estéril. Entonces aparecieron lágrimas en sus ojos.

Aquellas lágrimas contenían mucho más que el temor a una consecuencia del tratamiento. En ellas estaba el hijo que deseaba tener, la familia que soñaba construir y el futuro que todavía esperaba alcanzar. Incluso en uno de los momentos más difíciles de su vida, Alberto seguía pensando en la vida. Seguía mirando hacia delante. Seguía queriendo ser padre.

Su enfermedad apareció con una rapidez brutal. Apenas hubo tiempo para comprender lo que estaba sucediendo. A comienzos de diciembre, nuestra familia preparaba la celebración de la jubilación de su madre. Ella debía jubilarse el 29 de diciembre. Era un momento que habíamos imaginado como el comienzo de una etapa nueva, más tranquila y feliz.

Sin embargo, en el espacio de unas pocas semanas, nuestra vida cambió por completo.

Alberto comenzó a encontrarse mal y, solo dos semanas después, el 26 de diciembre, murió a causa de un sarcoma de Ewing. Lo enterramos el 28 de diciembre. Al día siguiente, el 29, su madre se jubilaba.

La cercanía de esas fechas resulta todavía difícil de asumir. Allí donde debía haber una celebración, hubo un entierro. Allí donde imaginábamos un comienzo, apareció el final más cruel. No tuvimos tiempo para reaccionar, para prepararnos ni para aprender a despedirnos. Pasamos casi sin transición de organizar una jubilación a

despedir a nuestro hijo.

No existe una forma adecuada de describir el dolor que produjo su muerte. La muerte de un hijo altera el orden natural con el que creemos que está construido el mundo. Un padre espera acompañar a su hijo, verlo avanzar, equivocarse, recomenzar, formar una familia y envejecer. Nunca espera sobrevivirle.

Con Alberto no perdimos únicamente a nuestro hijo. Perdimos también todo aquello que todavía debía llegar. Perdimos la posibilidad de verlo convertirse en padre, de contemplarlo con sus hijos, de conocer a los nietos que quizá algún día habría tenido. Perdimos celebraciones futuras, conversaciones, encuentros, viajes, cumpleaños y días corrientes. La muerte interrumpió no solo una vida, sino también una multitud de futuros que ya formaban parte de nuestros deseos.

Han pasado casi siete meses desde su muerte, pero el tiempo, por sí solo, no sabe ordenar una pérdida como esta. Cuando la desaparición de alguien amado es tan repentina, el pensamiento vuelve una y otra vez a los últimos días, al hospital, al diagnóstico, a la quimioterapia y a la imposibilidad de comprender cómo una persona joven, activa y llena de ganas de vivir pudo morir tan deprisa.

El trauma del final amenaza con ocupar todo el recuerdo. Por eso es necesario repetir, aunque duela, que Alberto no fue su enfermedad. No fue un sarcoma. No fueron dos semanas de sufrimiento ni una habitación de hospital.

Alberto fue casi treinta y ocho años de vida.

Fue un niño, un joven y un hombre. Fue estudiante en la Universidad de Murcia. Fue un hijo, una pareja y un amigo. Fue una persona culta, educada y noble. Fue alguien capaz de interesarse por la estadística, la econometría y el método simplex, y de encontrar satisfacción en la lógica y en la resolución de problemas. Fue un hombre que disfrutaba estando con su pareja y con sus amigos. Fue alguien que deseaba ser padre. Fue una persona vulnerable ante la adversidad y, al mismo tiempo, profundamente unida a la vida.

Y fue, de una manera muy especial, su risa.

De todos los recuerdos, quizá el más querido sea precisamente ese: el modo en que se reía. Su risa expansiva y contagiosa. Una risa capaz de llenar el espacio, de arrastrar a quienes estaban cerca y de convertir un momento ordinario en un instante feliz.

Recordar esa risa es recordar a Alberto vivo.

No inmóvil en una fotografía, no reducido a una fecha ni a una enfermedad, sino presente en su manera de alegrarse, en su rostro transformado por la risa y en el efecto que esa alegría producía en los demás.

Ahora el recuerdo de su risa trae también lágrimas. Pero quizá algún día las lágrimas y la sonrisa puedan convivir. Tal vez llegue un momento en que pensar en Alberto no conduzca de inmediato a diciembre, al hospital o al entierro, sino a su voz, a sus gestos, a su inteligencia, a su nobleza y a esa risa que tanto amábamos.

Que ese día llegue no significará que lo queremos menos. Tampoco significará que el dolor haya desaparecido ni que hayamos aceptado como justa una muerte que nunca podrá parecernos justa.

Significará únicamente que su vida habrá comenzado a recuperar, dentro de nosotros, el espacio que su muerte le arrebató.

No somos creyentes y no necesitamos buscar consuelo en certezas que no compartimos. No podemos afirmar que Alberto esté en otro lugar ni imaginar una explicación trascendente para lo ocurrido. Pero hay algo verdadero que no depende de ninguna fe.

Alberto existió.

Estuvo aquí.

Fue amado.

Amó.

Dejó una huella en sus padres, en su pareja, en sus amigos y en todas las personas que pudieron conocer su educación, su cultura y su nobleza. Su manera de hablar, sus ideas, sus gustos, sus gestos y su risa permanecen en la memoria de quienes compartieron la vida con él. Algunas de sus expresiones seguirán apareciendo en nuestras conversaciones. Algunas de sus enseñanzas habrán transformado, quizá sin que lo sepamos, nuestra forma de mirar el mundo.

Nada de esto sustituye su presencia. Ningún recuerdo puede ocupar el lugar de un abrazo. Ninguna palabra puede devolvernos la posibilidad de verlo entrar por una puerta, sentarse a la mesa, conversar o reírse nuevamente.

Pero recordar su vida completa es una forma de impedir que su final lo devore todo.

Nuestro amor por Alberto no terminó el 26 de diciembre. El amor de unos padres

por un hijo no desaparece cuando el hijo muere. Lo que desaparece es la posibilidad de expresarlo de la manera habitual: cuidándolo, llamándolo, viéndolo, ayudándolo o compartiendo con él el futuro.

Ese amor queda sin destino visible y por eso se transforma en un dolor tan inmenso.

Ahora tendremos que aprender, lentamente y sin reglas, a seguir queriéndolo de otra manera. No para dejarlo atrás, sino para llevarlo con nosotros. No para cerrar una etapa, porque una vida como la suya no se cierra, sino para encontrar un lugar interior en el que el recuerdo pueda ser, además de doloroso, tierno y sereno.

Quizá la serenidad no consista en dejar de llorar.

Quizá consista en poder decir su nombre sin que todo se derrumbe.

En recordar una conversación y sentir gratitud.

En mirar una fotografía y ver primero al hombre que fue, antes que al hijo que murió.

En pensar en sus estudios, en sus amigos, en su pareja, en su deseo de ser padre y en su risa contagiosa.

En comprender que la tristeza por lo que perdió no debe borrar la alegría de que haya existido.

Alberto nació el 14 de enero de 1988 y murió el 26 de diciembre, cuando todavía no había cumplido los treinta y ocho años. Su vida fue demasiado breve y su muerte, incomprensiblemente rápida. Pero la duración de una vida no determina su valor. El valor de la vida de Alberto está en el amor que dio y recibió, en la nobleza con la que trató a los demás, en su inteligencia, en sus proyectos, en sus amistades y en la felicidad que produjo su presencia.

Está también en la memoria de su padre, que no quiere que el sufrimiento de sus últimos días borre al hijo que conoció durante casi treinta y ocho años.

Cuando pienso en Alberto, quiero recordarlo como era: guapo, activo, culto y educado; sensible cuando las cosas se torcían; apasionado por los números y por la lógica; unido a su pareja y a sus amigos; lleno de proyectos y con el deseo profundo de ser padre.

Quiero recordarlo, sobre todo, riéndose.

Quiero conservar en mi memoria aquella risa abierta, expansiva y contagiosa que tanto me gustaba contemplar. Quiero que esa risa sea más fuerte que el silencio que

dejó su muerte.

Nada podrá borrar la injusticia de haberlo perdido. Nada podrá reparar la vida que no llegó a vivir. Pero mientras podamos pronunciar su nombre, contar quién era y recordar su forma de reír, Alberto no quedará reducido a su ausencia.

Seguirá siendo nuestro hijo.

Seguirá siendo Alberto.

Y seguirá siendo profundamente amado.

En memoria de Alberto, con todo nuestro amor.